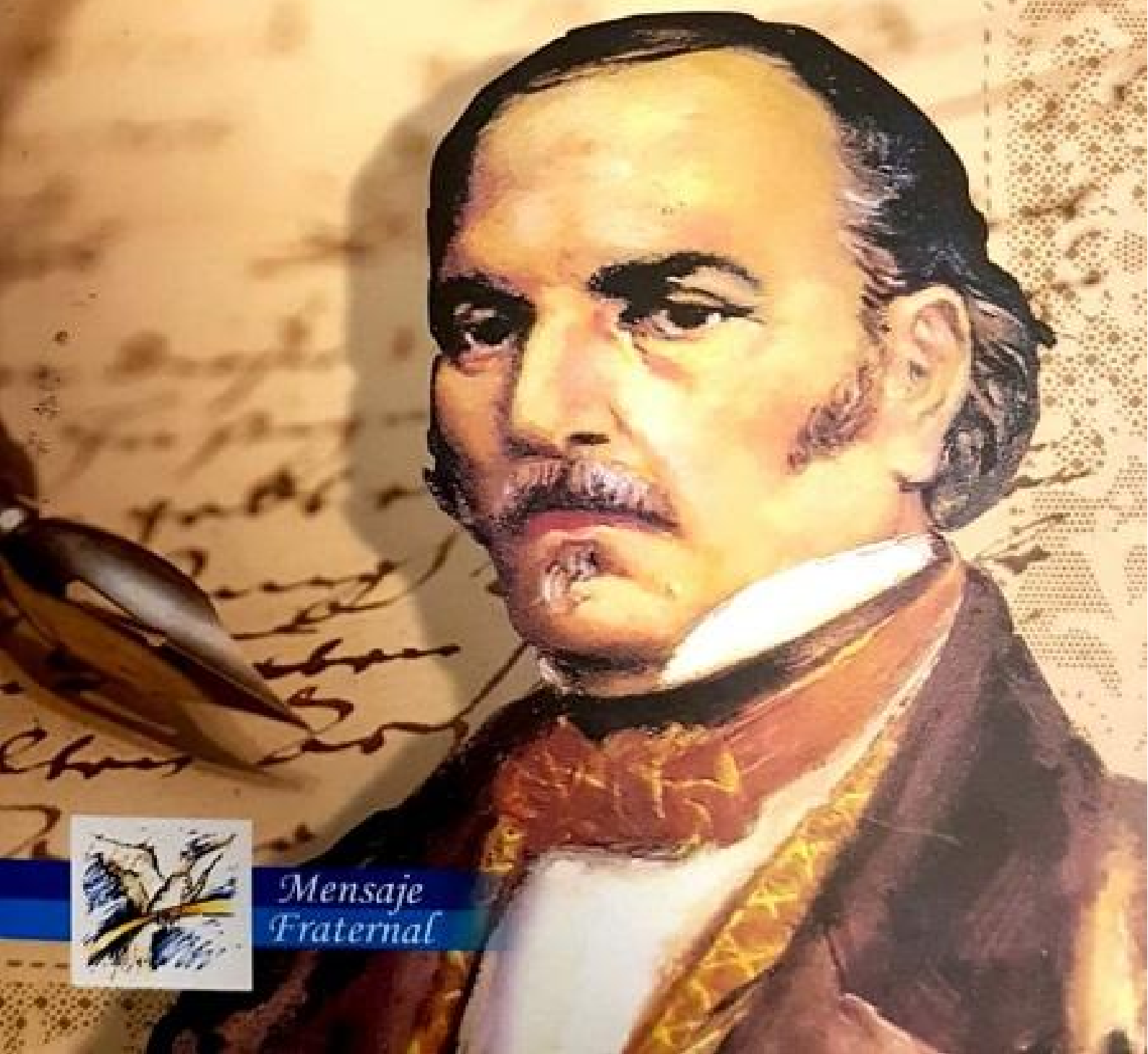


BIOGRAFÍA DE

*Allen Kardec*

HENRI SAUSSE



Mensaje  
Fraternal

# Datos de Copyright

## **Sobre la obra:**

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

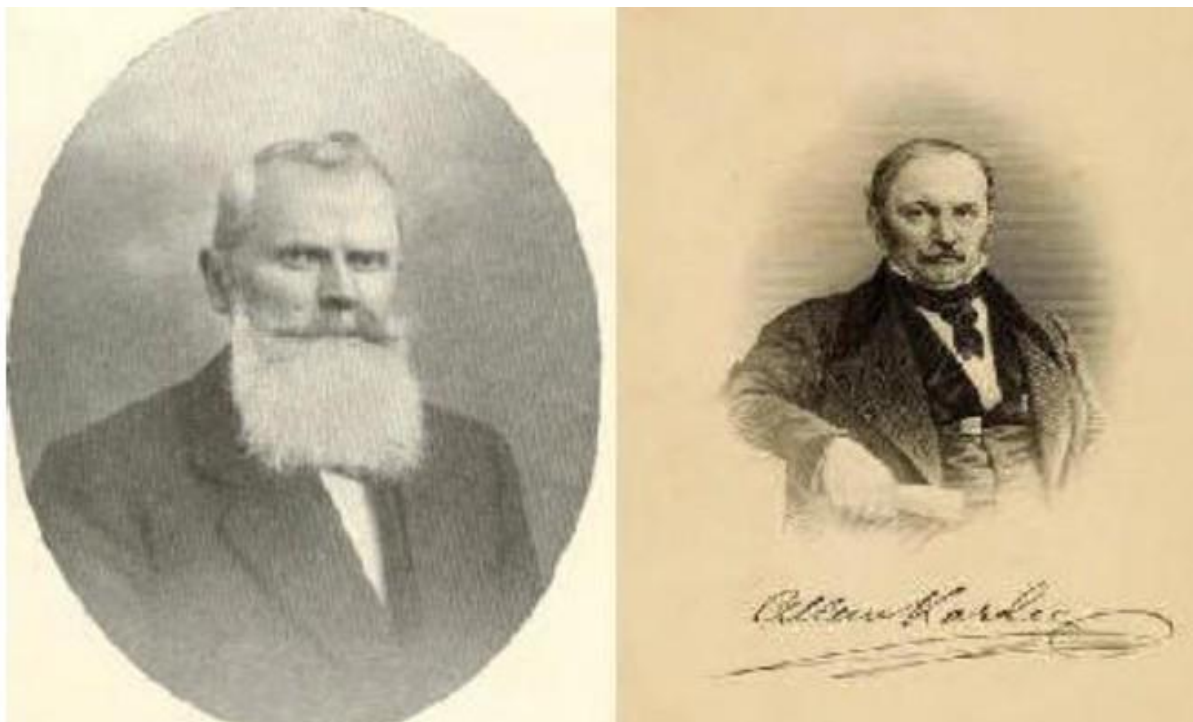
Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

## **Sobre nosotros:**

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web [www.ebookespírita.org](http://www.ebookespírita.org)



[www.ebookespírita.org](http://www.ebookespírita.org)



Henri Sausse

Biografía de Allan Kardec

(Manuscrito Biográfico de Allan Kardec)

Conferencia de Henri Sausse, durante la solemnidad con la que los espíritas de Lyon celebraron, el 31 de Marzo de 1896, el 27.º aniversario del fallecimiento de Allan Kardec.

Traducción al Español (de la Traducción al Portugués por la Redacción de la revista O Reformador) por Andrea Manus.

Título original de la obra  
Henri Sausse, Biographie d'Allan Kardec  
Paris, Editions Jean Meyer (B.P.S)  
8, Rue Copernic (16ª)

1927

## Índice

Prólogo de Gabriel Delanne para la Edición de 1910 / 03

Prólogo de Léon Denis para la Edición de 1927 / 06

Introducción de la biografía por Henri Sausse / 10

Biografía de Allan Kardec por Henri Sausse / 13

## PRÓLOGO DE GABRIEL DELANNE PARA LA EDICIÓN DE 1910

Juzgamos innecesario presentar al público al autor de la biografía de Allan Kardec. Nuestro amigo H. Sausse es conocido desde hace mucho tiempo e incluido entre los espíritas militantes de primera orden, tanto por sus notables investigaciones experimentales sobre los fenómenos mediúmnicos como por el ardor infatigable por la propaganda y por la defensa de las ideas que nos son tan apreciadas.

Nos sentimos felices por la brillante idea que tuvo de retratar en algunas páginas la vida de devoción y labor del gran Espiritu filósofico que supo demostrar la existencia del mundo de los Espíritus y trazar magistralmente las grandes líneas de la evolución espiritual de todos los seres.

La obra de Allan Kardec es imperecedera porque es clara, lógica y basada en la observación imparcial de los hechos. Inútilmente se ha intentado destruir su doctrina; la misma, sin embargo, ha resistido a todos los golpes. Los sarcasmos de los padres del clero, los ataques de los materialistas, los anatemas de las religiones, fueron todos impotentes para vencer esa fuerza que sólo la verdad trae en sí. Más vigoroso que nunca, el Espiritismo se desarrolla cual árbol poderoso, cuyas raíces están implantadas en todas las clases de la sociedad.

Desde la muerte de Allan Kardec, el número de adeptos ha aumentado siempre. El Congreso de 1889, con sus cuarenta mil adherentes, es la última manifestación de esa vitalidad, y las investigaciones llevadas a cabo por el mundo oficial científico dan testimonio de la importancia de tales estudios.

De hecho, cuál problema será más digno de atraer nuestra atención? Saber si somos pasajeras agregaciones de átomos que la muerte habrá de lanzar en la nada con la aniquilación de todos nuestros afectos,

todos nuestros sueños, todas nuestras esperanzas, o si renaceremos en un mundo nuevo donde encontraremos a los seres amados bajo el palio de la eterna justicia, tantas veces violada en la Tierra?

Ya no nos encontramos en la época en que bastaba la fe para garantizar la certeza de la vida futura. Es preciso para el espíritu moderno otra cosa más que simples afirmaciones; fue lo que Allan Kardec comprendió admirablemente. Toda su enseñanza reposa en la rigurosa observación de los hechos.

Él mostro que la relación entre los vivos y los desencarnados es la base fundamental de la filosofía científica del futuro. Nada de vagas especulaciones metafísicas en sus obras sinó deducciones inmediatas, tangibles, al alcance de todas las inteligencias. El estudio de la vida en el Espacio se desarrolla con un rigor implacable. La responsabilidad de los actos se verifica en todas las comunicaciones. Asistimos al alba de la muerte con todas sus consecuencias conforme el buen o mal empleo que se le haya dado a la vida en este mundo.

Y después, es la demostración de esas conmovedoras leyes de amor y fraternidad, que no son meras fórmulas sentimentales, sinó realidades efectivas. Se siente que la gran ley de evolución, que hace que todos los seres por medio de las reencarnaciones sucesivas pasen por todos los grados de la escala social, es una necesidad que se impone a la razón con un rigor que la experiencia constata.

Se vislumbra, entonces, la posibilidad de una sociedad más equitativa cuando tales verdades, penetrando en el corazón de las multitudes, ahí harán germinar esas flores del alma que aún yacen en estado embrionario.

La pureza de esas enseñanzas es una garantía absoluta de su autenticidad. Basándose en la justicia y en la bondad de Dios restablece la verdadera doctrina de Cristo, alterada por dieciocho siglos de interpretaciones interesadas en el egoísmo. Son las voces del

Espacio que convocan a la Humanidad a su destino superior, a un futuro de concordia y de amor.

Sí, es preciso hacer conocido al gran misionario que fue un hombre simple, justo y bueno. Es preciso que se muestre su labor obstinada, su incesante preocupación de llevar a buen término la obra comenzada, en medio de las trampas de la envidia, de las perfidias y de los odios provocados por la buena palabra que él sembraba en el campo de las ideas.

Sin embargo, para sustentarlo, contó con el profundo reconocimiento de todos aquellos a quienes él dio los medios de corresponderse con sus muertos amados; fue recompensado por la satisfacción de aliviar los sufrimientos de los desheredados de este mundo al abrir la puerta del ideal a los que sucumben bajo la espada del dolor o de la miseria. Es por eso que será colocado muy alto en el corazón de los pueblos, cuando éstos comprendan y practiquen la sublime doctrina, de la cual él se tornó ardiente apóstol e infatigable propagador.

Gabriel Delanne

## PRÓLOGO DE LÉON DENIS PARA LA EDICIÓN DE 1927

Ya pasaron 58 años desde que el Espíritu Allan Kardec retornó a la vida del Espacio y durante este lapso de tiempo su doctrina penetró hasta las regiones más alejadas del globo reuniendo en millones el conjunto de los partidarios, de los adeptos. Sería superficial enumerar todos los grupos, círculos, federaciones e institutos que ya fueron fundados, como igualmente sería inútil citar los diarios, revistas y publicaciones que, en todos los idiomas, han contribuído a la difusión de nuestras creencias. Ilusorio y superficial, diremos nosotros, porque la lista sería provisoria, ya que el número de esos organismos y de sus obras aumenta todos los días.

Hoy la Doctrina de los Espíritus, condensada y coordinada por el vigoroso cerebro de Allan Kardec, es adoptada por multitudes de creyentes y de estudiosos de las regiones central y meridional de Europa, desde Portugal hasta Rumania, así como en las Américas Central y del Sur. En diversos medios, institutos y universidades le reservaron un lugar entre sus programas, de modo que podemos preveer, según la evolución general de la espiritualidad, la hora en que la doctrina de las vidas sucesivas penetrará la enseñanza popular e idealista en todos los países. Ya es posible calcular el gran número de desesperados a los cuales esta creencia restituyó la fuerza moral, el coraje de vivir y la confianza en el futuro, preservándolos, en consecuencia, del suicidio; de todos los que ayudó a soportar las pruebas y la carga pesada de vidas oscuras y dolorosas. Yo mismo tengo testimonios conmovedores en cartas que ocupan carpetas enteras, aunque sólo conserve las más importantes.

Yo tenía 18 años cuando leí por primera vez El Libro de los Espíritus, el cual iluminó súbitamente todo mi ser. No tuve necesidad de pruebas de una doctrina que respondía a todas mis preguntas y resolvía todos mis problemas de una manera que satisfacía mi razón y



mi conciencia. Además las pruebas estaban en mí mismo; era como si voces distantes me hablaran de vidas que se fueron, algo como la evocación de un pasado olvidado, todo un mundo de recuerdos que florecía con su cortejo de males, de sangre y de lágrimas.

Enseguida me dediqué a lecturas complementares y, más tarde, cuando mi madurez parecía suficiente para comprender bien, vinieron los fenómenos convincentes, decisivos. Por mi parte, y durante casi medio siglo, trabajé en favor de la divulgación de nuestras creencias, tanto por la escritura como por la palabra. Habrá un lazo misterioso entre el discípulo y el Maestro? Conviene no olvidar que mi nombre está íntimamente ligado al de Allan Kardec, que en verdad se llamaba Hippolyte Léon Denisard Rivail. (\*)

*(\*) A lo largo de esta obra la grafía del nombre civil de Allan Kardec está presentada de diversas formas. Una de las más tradicionales y la más considerada es Hippolyte Léon Denizard Rivail, o H.L.D. Rivail, como él mismo firmaba. Investigaciones recientes, sin embargo, llevaron al descubrimiento de su certificado de nacimiento (Acte de Naissance); ahí su nombre está registrado como Denisard Hypolite Léon Rivail.*

Encontré a Allan Kardec muchas veces en el plano terrestre. La primera vez fue en Tours, cuando él llegó en 1867 durante una gira de conferencias. Habíamos alquilado un salón para recibirlo, pero la policía imperial desconfió de nosotros y prohibió la utilización de la sala. Tuvimos entonces que reunirnos en los jardines de la casa de un amigo, bajo la luz de las estrellas. Éramos cerca de trecientos, todos de pie, apretados unos contra otros, tropezando en las rejas que protegían los canteros, pero felices por ver y oír al Maestro que, localizado junto a una pequeña mesa, nos hablaba del fenómeno de las obsesiones. Al día siguiente, cuando iba a prestarle mis homenajes, lo encontré en el mismo jardín, arriba de una pequeña escalera, recogiendo cerezas que le lanzaba a la Sra. Allan Kardec.

Esa escena bucólica y encantadora contrastaba con la seriedad de los personajes.

Más tarde lo encontré en Bonneval (Eure-et-Loir) donde él participaba de un encuentro espírita que reunía a todos los adeptos de la región. Finalmente, durante los viajes que yo hacía a París, pude tratar con él la causa que nos era tan preciada.

Allan Kardec murió en 1869. Dijeron que había reencarnado en Havre en 1897, lo que no es verdad. De hecho, por qué un Espiritu de su envergadura aguardaría treinta años para revelar sus facultades y la misión providencial de la que estaba investido? Fue solamente en la víspera del Congreso de 1925 que el gran iniciador comenzó a manifestarse en nuestro grupo por un médium en transe.

Considerando mi edad y enfermedades dudé en formar parte de esas grandes sesiones de Espiritismo mundial. Él, sin embargo, con sus argumentos y con toda la fuerza de su voluntad, me convenció de participar de aquel cónclave, no faltándome allí su apoyo fluídico y la eficacia de sus inspiraciones.

A partir de entonces no paró de intervenir en todas nuestras sesiones, insistiendo para que yo redactase y publicase un libro sobre el Genio céltico y el mundo invisible, con el fin de demostrar que el movimiento espiritualista de la actualidad no es nada más que el poderoso despertar de las tradiciones de nuestra raza. Esto no debe causar ninguna sorpresa ya que partió de un druida reencarnado, que quiso un dolmen como lápida en el Père-Lachaise y que retomó su nombre céltico.

Allan Kardec hizo más: nos dictó una serie de mensajes que se encuentran en la parte final de mi libro, algunas de las cuales alcanzan el límite máximo de la comprensión humana. Dos de ellas sobretodo presentan ese carácter y tienen por títulos: Orígen y Evolución de la Vida Universal; y Las Fuerzas Radiantes del Espacio: El Campo

Magnético. Nuestros guías nos declaran que todo lector podrá sacar de esa obra una orientación nueva que, “en la etapa evolutiva que alcanzamos es apenas compatible con el grado de resistencia del cerebro humano”. Adicionemos, al fin, que el Espíritu Allan Kardec en el curso de numerosas conversaciones, me dió pruebas incontestables de su identidad, entrando en detalles precisos sobre su sucesión y sobre las dificultades que ésta trajo, detalles que el médium no podía conocer siendo que en la época no pasaba de un niño cuyos padres ignoraban completamente el Espiritismo. Esos hechos estaban casi borrados de mi memoria y si no fuese por ciertas investigaciones y búsquedas realizadas, no sería capaz de reconstituirlos.

Una vez más el discípulo se inclina ante la voluntad imperiosa del Maestro. A pesar de mi edad avanzada y de mi estado de ceguera, pude terminar el Genio Céltico, que tanto me toca el corazón. Más que nunca, durante todo el curso de ese trabajo, mis amigos invisibles me sostuvieron, ayudaron, esclarecieron; más que nunca, sentí que mi última obra — deseada desde lo Alto — es realmente el resultado de una estrecha colaboración entre dos servidores de una misma y única causa. Colaboración? Mejor será decir comunión completa de dos almas, persiguiendo un objetivo común: la expansión universal de una creencia llamada a adaptarse rápidamente a la mentalidad moderna.

Nada detendrá al Espiritismo en su marcha, porque es la verdad. Y no está lejos el día en que la Humanidad entera verá en Allan Kardec un precursor, un renovador del pensamiento moderno, terminando por prestarle los debidos homenajes a su memoria.

Léon Denis, Lyon, 1927

## INTRODUCCIÓN DE LA BIOGRAFÍA

Cuando en Marzo de 1896 me surgió repentinamente la idea de una breve nota biográfica de Allan Kardec, yo no tenía en mente más que una discusión por ocasión del aniversario del 31 de Marzo, con nuestros amigos de la Federación Espírita de Lyon. Lyonés por adopción y dirigiéndome a un público de Lyon, hice este trabajo casi exclusivamente desde el punto de vista del público al que estaba destinado. No tenía, fuera esto, la intención de publicar esta discusión, que no fue editada sinó por la acalorada insistencia de mis amigos.

Habiéndose agotado hacía mucho aquella edición, y después de muchos pedidos, formé el proyecto de lanzar una nueva edición, pero completando las lagunas de la primera edición.

Para llegar a este resultado, me dirigí a los raros sobrevivientes que habían estado en la intimidad del Maestro, pero sea porque sus memorias hayan sido infieles o porque ellos no hayan querido desenterrar las memorias antiguas de cuarenta años, ninguno de mis esfuerzos en ese sentido surtió efecto. Tuve entonces que solicitar a otra fuente los elementos que precisaba para hacer una biografía menos superficial que en el primer ensayo.

Una cosa que siempre me dolía y que constaté muchas veces con pesar, durante los veinticinco años en que, como presidente, dirigí los trabajos de la Sociedad Fraternal, es la indiferencia de los espíritas sobre la lectura de los primeros años de la Revista Espírita. De 1858 a 1869, Allan Kardec inició las estructuras fundamentales de la Doctrina Espírita, donde siempre sentimos correr em abundancia la fe ardiente, la convicción profunda que lo animaba; fe y convicción que él sabía comunicar tan bien. Se cree, pero de forma equivocada, que estos escritos envejecieron, que ya no pertenecen más a la actualidad, que habiendo la idea caminado a pasos de gigante esa lectura hoy no

ofrece ningún interés. Error profundo tanto cuanto lamentable. No, los escritos de Allan Kardec no envejecieron, no caducaron, al contrario, conservan toda su fuerza, todo su propósito, y en su clareza cristalina, son más que nunca actuales.

Qué preceptos sabios, qué consejos prudentes y esclarecedores, ejemplos verdaderos desbordan en esos doce primeros años de la Revista Espírita y cuánto, en mi opinión, erramos al negligenciar esta fuente de informaciones sobre todos los puntos que pueden preocuparnos en lo que se refiere a la Doctrina Espírita.

Para buscar informaciones sobre Allan Kardec acabo de rehacer esa peregrinación reconfortante, es decir que acabo de releer esas páginas donde el Maestro trazó diáramente, instigado por eventos, sus pensamientos íntimos, sus reflexiones tan criteriosas, sus consejos tan claros, tan precisos, tan metódicos. En cada renglón de esas páginas se siente vibrar el alma del autor y en una clara irradiación, Allan Kardec, se muestra a sí mismo como siempre fue: bueno, generoso, gentil con todos, hasta con sus enemigos; sin éxito, intentaron atacarlo, rebajarlo, calumniarlo; él permanece tolerante y calmo, respondiendo con argumentos irrefutables a los ataques contra la Doctrina Espírita, pero pareciendo ignorar los insultos y maldades que, de todos lados, llegaban a su domicilio personal. Fue releiendo esas páginas que yo pude comprender mejor y admirar a Allan Kardec; y es reproduciendo las perlas, las joyas, los diamantes que se encuentran en ese rico material, que será más fácil hacer que lo conozcan mejor: así esta biografía va a tornarse una autobiografía donde, por extractos obtenidos de la vida, Allan Kardec de alguna forma, vendrá a pintarse y a revelarse como siempre fue: pensador profundo, leal, metódico, escritor alerta y preciso, Espíritu esclarecido tanto cuanto confiante, afable y tolerante, y siempre esforzándose para enderezar su conducta bajo sus principios, que él enseña a los otros con su propia práctica.

Éste es el hombre que le dió al Espiritismo su bello lema: Fuera de la caridad no hay salvación! No solamente lo proclama sinó que lo coloca en práctica, y su único deseo es verlo regir también la conducta de todos aquellos que se dicen y se creen espíritas. Mi único mérito en este nuevo estudio sobre Allan Kardec se reduce, por lo tanto, a un trabajo de copista. Habiendo sido seducido por la verdad, por la grandeza, por la belleza de algunas de las enseñanzas del Maestro entendí que yo podría extraerlas de los doce volúmenes en que están embutidas para presentarlas a mis hermanos y hermanas en la fe, sin otra pretensión y sin otro deseo que el de hacer que ellos las admiren a su vez.

Más allá de que este estudio no se dirija más a los espíritas lyoneses en especial, recordando el motivo que me había guiado en mi primer trabajo, no creo deber modificar su comienzo.

Lyon, 31 de Marzo de 1909

Henri Sausse

Queridas señoras, queridos señores:

Muchas personas que se interesan en el Espiritismo manifiestan muchas veces el pesar de no tener más que muy imperfecto conocimiento de la biografía de Allan Kardec y de no saber dónde encontrar, sobre aquel a quien llamamos Maestro, las informaciones que desearían conocer. Es para honrar a Allan Kardec y festejar su memoria que nos encontramos hoy reunidos, y el mismo sentimiento de veneración y de reconocimiento nos hace vibrar los corazones. Con respecto al fundador de la filosofía espírita, permítanme, con intención de tratar de corresponder a tan legítimo deseo, que los entretenga algunos momentos con ese Maestro amado, cuyos trabajos son universalmente conocidos y apreciados, y cuya vida íntima y laboriosa existencia son apenas conjeturadas.

Si bien fue fácil a todos los investigadores concienzudos enterarse del alto valor y del gran alcance de la obra de Allan Kardec por la lectura atenta de sus producciones, muy pocos pudieron, por la ausencia hasta hoy de elementos para eso, penetrar en la vida del hombre íntimo y seguirlo paso a paso en el desempeño de su tarea tan grande, tan gloriosa y tan bien realizada.

No solamente la biografía de Allan Kardec es poco conocida, sino que aún está por ser escrita. La envidia y los celos sembraron sobre ella los más evidentes errores, las más groseras y las más imprudentes calumnias.

Voy, por lo tanto, a esforzarme por mostrarles con luz más verdadera al gran iniciador de quien nos desvanecemos por ser discípulos.

Todos saben que nuestra ciudad se puede honrar a justo título de haber visto nacer entre sus muros a ese pensador tan arrojado cuanto metódico, ese filósofo sabio, visionario y profundo, ese trabajador obstinado cuya labor sacudió el edificio religioso del Viejo Mundo y preparó los nuevos fundamentos que deberían servir de base a la

evolución y a la renovación de nuestra sociedad caducada, impulsándola hacia un ideal más sano, más elevado, hacia un progreso intelectual y moral seguros.

Fue en efecto en Lyon que el 3 de Octubre de 1804 nació de una antigua familia lyonesa, de apellido Rivail, aquel que debía más tarde ilustrar el nombre de Allan Kardec y conquistar tantos títulos a nuestra profunda simpatía, a nuestro filial reconocimiento.

He aquí, al respecto de eso, un documento positivo y oficial:

"A los 12 del vindemiário del año XIII, auto del nacimiento de Denizard Hippolyte-Léon Rivail, nacido ayer a las 7 de la noche, hijo de Jean Baptiste Antoine Rivail, magistrado, juez, y Jeanne Duhamel, su esposa, residentes en Lyon, calle Sala n° 76. El sexo del niño fue reconocido como masculino.

Testigos más grandes: Siriaque-Frédéric Dittmar, director del establecimiento de las aguas minerales de la calle Sala, y Jean-François Targe, misma calle Sala, a la petición del médico Pierre Radamel, calle Saint-Dominique n ° 78.

Hecha la lectura, los testigos firmaron, así como el maire de la región del Sur. El presidente del Tribunal, (firmado): Mathiou"

El futuro fundador del Espiritismo recibió desde la cuna un apellido querido y respetado y con todo un pasado de virtudes, de honra, de probidad; gran número de sus antepasados se habían distinguido en la abogacía y en la magistratura por su talento, saber y escrupulosa probidad. Parecía que el joven Rivail debía soñar también con los laureles y las glorias de su familia. Sin embargo no fue así, porque desde el comienzo de su juventud se sintió atraído hacia la ciencia y la filosofía.

Rivail Denizard hizo en Lyon sus primeros estudios y completó enseguida su bagaje escolar en Yverdon (Suiza) con el célebre



profesor Pestalozzi, de quien pronto se tornó uno de los más eminentes discípulos, colaborador inteligente y dedicado. Se aplicó de todo corazón a la propaganda del sistema de educación que ejerció tan grande influencia sobre la reforma de los estudios en Francia y en Alemania. Muchísimas veces, cuando Pestalozzi era llamado por los gobiernos de todos lados para fundar institutos semejantes al de Yverdon, confiaba a Denizard Rivail el encargo de substituirlo en la dirección de su escuela. El discípulo convertido en maestro tenía además, con los más legítimos derechos, la capacidad requerida para estar a la altura de la tarea que le era confiada. Era bachiller en letras y en ciencias y doctor en medicina, habiendo hecho todos los estudios médicos y defendido brillantemente su tesis. Lingüista notable, conocía a fondo y hablaba correctamente alemán, inglés, italiano y español; conocía también el holandés, y podía fácilmente expresarse en esa lengua.

Denizard Rivail era un alto y bello joven, de maneras distinguidas, humor jovial en la intimidad, bueno y generoso. Cuando la conscripción del servicio militar lo incluyó, obtuvo exención y dos años después fundó en París, en la calle Sèvres n° 35, un establecimiento semejante al de Yverdon. Para esa empresa se asoció a uno de sus tíos, hermano de su madre, que era su socio capitalista.

En el mundo de las letras y de la enseñanza que frecuentaba en París, Denizard Rivail encontró a la señorita Amélie Boudet, profesora con diploma de 1ª clase. Pequeña pero bien proporcionada, gentil y graciosa, rica por sus padres e hija única, inteligente y viva, ella supo con su sonrisa y predicados hacerse notar por el Sr. Rivail, en quien adivinó bajo la franca y comunicativa alegría del hombre amable, al pensador sabio y profundo que aliaba gran dignidad a la más esmerada urbanidad.

El registro civil nos informa que:

“Amélie Gabrielle Boudet, hija de Julien-Louis Boudet, propietario y antiguo notario, y de Julie Louise Seigneat de Lacombe, nació en Thiais (Sena), a los 2 del frimario del año IV (23 de Noviembre de 1795).”

La señorita Amélie Boudet tenía nueve años más que el Sr. Rivail, pero en apariencia se diría tener diez menos que él cuando el 6 de Febrero de 1832 se firmó en París el contrato de casamiento de Hippolyte-Léon-Denizard Rivail, director del Instituto Técnico en la calle de Sèvres (Método de Pestalozzi), hijo de Jean-Baptiste Antoine y señora, Jeanne Duhamel, residentes en Château-du-Loir, con Amélie Gabrielle Boudet, hija de Julien Louis y señora, Julie Louise Seigneat de Lacombe, residentes en París, calle de Sèvres.

El socio del Sr. Rivail tenía vicio en el juego; arruinó al sobrino perdiendo grandes sumas en Spa y en Aix-la-Chapelle. El Sr. Rivail requirió la liquidación del Instituto, de cuya venta quedaron 45.000 francos para cada uno de ellos. Esa suma fue colocada por el Sr. y la Sra. Rival en casa de uno de sus amigos íntimos, negociante, que hizo malos negocios y cuya quiebra no dejó nada a los acreedores.

Lejos de desanimarse con ese doble revés, el Sr. y la Sra. Rivail se lanzaron valientemente al trabajo. Él se encargó de la contabilidad de tres casas que le producían cerca de 7.000 francos por año; y terminado su día, ese trabajador infatigable escribía a la noche, como trabajo extra, sobre gramática, aritmética, libros para estudios pedagógicos superiores; traducía obras inglesas y alemanas y preparaba todos los cursos de Levy-Alvarès, frecuentados por discípulos de ambos sexos del Faubourg Saint-Germain. Organizó también en su casa, en la calle de Sèvres, cursos gratuitos de química, física, astronomía y anatomía comparada, de 1835 a 1840, y que eran muy concurridos.

Miembro de varias sociedades sabias, reconocido por la Academia Real D'Arras, fue premiado por concurso en 1831 por la presentación da su notable memoria: Cuál es el sistema de estudio más en armonía con las necesidades de la época?

Entre sus numerosas obras conviene citar, por orden cronológico: Plan presentado para la mejoría de la instrucción pública, en 1828; en 1829, según el método de Pestalozzi, publicó para uso de las madres de familia y de los profesores, el Curso práctico y teórico de aritmética; en 1831 hizo aparecer la Gramática francesa clásica; en 1846 el Manual de los exámenes para obtención de los diplomas de capacidad, soluciones racionales de las preguntas y problemas de aritmética y geometría; en 1848 fue publicado el Catecismo gramatical de la lengua francesa; finalmente, en 1849, encontramos al Sr. Rivail, profesor en el Liceo Diplomático, dirigiendo las carreras de Fisiología, Astronomía, Química y Física. En una obra muy apreciada resume sus cursos, y después publica: Dictados normales de los exámenes en la Municipalidad y en la Sarbana; Dictados especiales sobre las dificultades ortográficas.

Habiendo sido esas diversas obras adoptadas por la Universidad de Francia y vendiéndose abundantemente, el Sr. Rivail pudo conseguir, gracias a ellas y a su trabajo asiduo, una modesta abundancia. Como se puede juzgar por esta veloz exposición, el Sr. Rivail estaba admirablemente preparado para la difícil tarea que iba a tener que desempeñar y hacer triunfar. Su nombre era conocido y respetado y sus trabajos jústamente apreciados, mucho antes de que él inmortalizase el nombre Allan Kardec.

Continuando en su carrera pedagógica, el Sr. Rivail podría vivir feliz, honrado y tranquilo, habiendo reconstruido su fortuna por el trabajo perseverante y por el brillante éxito que le había coronado los esfuerzos; pero su misión lo llamaba a una tarea más onerosa, a una obra mayor y, como tendremos muchas ocasiones de evidenciar, él siempre se mostró a la altura de la misión gloriosa que le estaba reservada. Sus inclinaciones, sus aspiraciones, lo habrían impulsado al misticismo, pero la educación, el juicio recto, la observación metódica, lo preservaron de los entusiasmos irracionales y de las negaciones no justificadas.

Fue en 1854 que el Sr. Rivail oyó por primera vez hablar de las mesas giratorias, al principio del Sr. Fortier, magnetizador, con el cual mantenía relación en razón de sus estudios sobre el magnetismo. El Sr. Fortier le dijo un día: “Hay aquí una cosa que es mucho más extraordinaria: no solamente se hace girar una mesa, magnetizándola, sino que también se puede hacerla hablar. Se la interroga y ella responde.”

- Eso, replicó el Sr. Rivail, es otra cuestión; yo creeré cuando vengan y me prueben que una mesa tiene cerebro para pensar, nervios para sentir, y que se puede tornar sonámbula. Hasta ahí, permítame que no vea en eso sino una fábula para provocar el sueño.

Tal era al principio el estado de espíritu del Sr. Rivail, tal lo encontraremos muchas veces no negando ninguna cosa preconcebidamente, pero pidiendo pruebas y queriendo ver y observar para creer; así nos debemos mostrar siempre en el estudio tan atrayente de las manifestaciones del Más Allá.

\*

Hasta ahora no les he hablado más que del Sr. Rivail, profesor emérito, autor pedagógico de renombre. En esa época de su vida, sin embargo, de 1854 a 1856, un nuevo horizonte se abre a ese pensador profundo, a ese sagaz observador. Entonces el nombre de Rivail se hace a un lado para ceder el lugar al de Allan Kardec, que la fama llevará a todos los rincones del globo, que todos los ecos repetirán y que todos nuestros corazones idolatran.

Así es como Allan Kardec nos revela sus dudas, sus preguntas y también su primera iniciación:

“Yo me encontraba en el ciclo de un hecho inexplicado, contrario en apariencia a las leyes de la Naturaleza y que mi razón repelía. Nada

había visto ni observado aún; las experiencias sucedidas en presencia de personas honradas y dignas de fe me afirmaban a la posibilidad del efecto puramente material; pero la idea de una mesa parlante no me entraba aún en el cerebro.

Al año siguiente - era comienzo de 1855 - encontré al Sr. Carlotti, un amigo de hace veinticinco años, que discurrió acerca de esos fenómenos durante más de una hora, con el entusiasmo que él ponía en todas las ideas nuevas. El Sr. Carlotti era de origen corso, de naturaleza ardiente y enérgica; yo había siempre distinguido en él las cualidades que caracterizaban una grande y bella alma, pero desconfiaba de su exaltación. Él fue el primero que me habló de la intervención de los Espíritus, y me contó tantas cosas sorprendentes que, lejos de convencerme, aumentaron más mis dudas. – Un día serás de los nuestros – me dijo. – No digo que no, le respondí yo, veremos eso más tarde.

Después de algún tiempo, por el mes de Mayo de 1855, estuve en casa de la sonámbula Sra. Roger con el Sr. Fortier, su magnetizador. Allí encontré al Sr. Pâtier y a la Sra. Plainemaison que me hablaron de esos fenómenos en el mismo sentido que el Sr. Carlotti, pero en otro tono. El Sr. Pâtier era funcionario público, de cierta edad, hombre muy instruído, de carácter fuerte, frío y calmo; su lenguaje pausado, carente de todo entusiasmo, me produjo una viva impresión, y cuando él me invitó a presenciar las experiencias que se realizaban en casa de la Sra. Plainemaison, en la calle Grange-Batelière n° 18, acepté con solicitud. La entrevista fue apuntada para el martes (\*) de Mayo, a las 8 de la noche.

*(\*) Esta fecha quedó en blanco en el manuscrito de Allan Kardec.*

Fue ahí la primera vez que fui testigo del fenómeno de las mesas giratorias que saltaban y corrían, y eso en condiciones tales que la duda no era posible.

Allí vi también algunos ensayos muy imperfectos de escritura mediúmnica en una pizarra con el auxilio de una cesta. Mis ideas estaban lejos de haberse modificado, pero en aquello había un hecho que debía tener una causa. Entreví, bajo esas aparentes futilidades y la especie de entretenimiento que se hacía con esos fenómenos, alguna cosa de serio y algo como la revelación de una nueva ley, que me prometí a mi mismo aprofundar.

La ocasión se me presentó y pude observar más atentamente de lo que había podido hacerlo antes. En una de las tardes en lo de la Sra. Plainemaison, conocí a la familia Baudin, que vivía entonces en la calle Rochechouart. El Sr. Baudin me ofreció participar en las sesiones semanales que se efectuaban en su casa, a las que fui desde ese momento con mucha frecuencia.

Fue ahí que hice mis primeros estudios serios en Espiritismo, menos por efecto de revelaciones que por observación. Apliqué a esa nueva ciencia, como hasta entonces lo había hecho con todo, el método de la experimentación; nunca formulé teorías preconcebidas; observaba atentamente, comparaba, deducía las consecuencias; buscaba remontar las causas de los efectos por la deducción, por el encadenamiento lógico de los hechos, no admitiendo como válida una explicación, sinó cuando la misma podía resolver todas las dificultades de la cuestión. Fue así que siempre procedí en mis trabajos anteriores, desde la edad de quince años. Comprendí desde el principio la gravedad de la exploración que iba a emprender. Entreví en esos fenómenos la llave del problema tan oscuro y tan controvertido del pasado y del futuro, la solución que había buscado toda mi vida; era, en una palabra, una completa revolución en las ideas y en las creencias; por lo tanto se hacía preciso actuar con circunspección y no a la ligera, ser positivista y no idealista, para no dejarme arrastrar por las ilusiones.

Uno de los primeros resultados de mis observaciones fue que los Espíritus, no siendo sinó las almas de los hombres, no tenían ni la soberana sabiduría, ni la soberana ciencia; que su saber era limitado al grado de su avance, y que su opinión no tenía sinó el valor de una opinión personal. Esta verdad, reconocida desde el comienzo, me evitó el grave escollo de creer en su infalibilidad y me preservó de formular teorías prematuras sobre la opinión de uno solo o de algunos.

Sólo el hecho de la comunicación con los Espíritus, lo que quiera que ellos pudiesen decir, probaba la existencia de un mundo invisible; era ya un punto capital, un inmenso campo franqueado a nuestras exploraciones, la llave de una multitud de fenómenos inexplicados. El segundo punto, no menos importante, era conocer el estado de ese mundo y sus costumbres, si así nos podemos expresar. Rápidamente, observé que cada Espíritu, en razón de su posición personal y de sus conocimientos, me develaba una fase de ese mundo, exáctamente como se llega a conocer el estado de un país interrogando a los habitantes de todas las clases y condiciones, pudiendo cada cual enseñarnos algo y no pudiendo ninguno de ellos, individualmente, enseñárnoslo todo. Cabe al observador formar el conjunto con el auxilio de los documentos recogidos de diferentes lados, coleccionados, coordinados y confrontados entre sí. Yo actué con los Espíritus como lo habría hecho con los hombres: ellos fueron para mí, desde el menor hasta el más elevado, medios de recoger informaciones y no reveladores predestinados.”

A estas informaciones, tomadas del libro *Obras Póstumas de Allan Kardec*, conviene adicionar que al principio el Sr. Rivail, lejos de ser un entusiasta de esas manifestaciones y absorbido por otras preocupaciones, estuvo a punto de abandonarlas, lo que tal vez hubiese hecho si no fuese por la persistente insistencia de los Srs. Carlotti, René Taillandier, miembro de la Academia de Ciencias, Tiedeman-Manthèse, Sardou, padre e hijo, y Diddier, editor; que

acompañaban hacía cinco años el estudio de esos fenómenos y habían reunido cincuenta cuadernos de comunicaciones diversas a los que no conseguían poner en orden. Conociendo las amplias y raras aptitudes de síntesis del Sr. Rivail, esos señores le enviaron los cuadernos, pediéndole que tomase conocimiento de ellos y los pusiese en orden. Ese trabajo era arduo y exigía mucho tiempo en virtud de la falta de datos y oscuridades de esas comunicaciones; y el sabio enciclopedista se rehusaba a esa tarea tediosa y absorbente en razón de otros trabajos.

Una noche, su Espíritu protector, Z., le dió una comunicación a través de un médium, una comunicación personal en la que le decía, entre otras cosas, haberlo conocido en una existencia precedente cuando en la época de los Druidas vivían juntos en las Galias. Dijo además que Rivail en esa época se llamaba Allan Kardec y que como la amistad que sentía por él desde aquella época era muy grande, le prometía apoyarlo en la tarea tan importante a la que era llamado, y que fácilmente llevaría a término.

El Sr. Rivail se lanzó a la obra; tomó los cuadernos y los escribió con cuidado. Después de una lectura atenta suprimió las repeticiones y puso en su respectivo orden cada dictado, cada reporte de sesión; señaló las faltas de datos a completar, las oscuridades a aclarar, y preparó las preguntas necesarias para llegar a un buen resultado.

“Hasta entonces -dijo él- las sesiones en casa del Sr. Baudin no tenían ningún fin determinado; ahí me propuse resolver los problemas que me interesaban bajo el punto de vista de la filosofía, de la psicología y de la naturaleza del mundo invisible. Concurría a cada sesión con una serie de preguntas preparadas y metódicamente dispuestas: eran respondidas con precisión, profundidad y de manera lógica. Desde ese momento las reuniones tuvieron un carácter muy diferente, y entre los participantes se encontraban personas serias que tomaron vivo interés por el trabajo. Cuando necesitaba faltar, las sesiones quedaban como a



la deriva, porque las preguntas fútiles habían perdido el atractivo para el mayor número. Al principio yo tenía en vista sólo mi propia instrucción; más tarde, cuando ví que todo aquello formaba un conjunto y tomaba las proporciones de una doctrina, tuve el pensamiento de publicarlo para la instrucción de todos. Fueron esas mismas preguntas que, sucesivamente desarrolladas y completadas, hicieron la base de El Libro de los Espíritus.”

En 1856 el Sr. Rivail frecuentó las reuniones espíritas que se realizaban en la calle Tiquetone, en casa del Sr. Roustan, con Mlle. Japhet, sonámbula, que obtenía como médium comunicaciones muy interesantes con la ayuda de la cesta em forma de pico; hizo analizar por esa médium las comunicaciones obtenidas hasta el momento y las puso en orden. Ese trabajo fue efectuado al principio en las sesiones ordinarias; pero a pedido de los Espíritus, y para que al trabajo se le diese más cuidado, más atención, fue continuado en sesiones privadas.

“No me contenté con ese pedido -dice Allan Kardec- que los Espíritus me habían recomendado. Habiéndome puesto las circunstancias en relación con otros mediums, cada vez que encontraba ocasión yo la aprovechaba para proponer algunas de las preguntas que me parecían más delicadas. Fue así que más de diez mediums prestaron su concurso a ese trabajo. Y fue de la comparación y de la fusión de todas esas respuestas, coordinadas, clasificadas y muchas veces repetidas en el silencio de la meditación, que hice la primera edición de El Libro de los Espíritus que salió el 18 de Abril de 1857.”

Ese libro era en formato grande en dos columnas, una para las preguntas y otra, en frente, para las respuestas. Al momento de publicarlo el autor quedó muy indeciso en resolver como firmaría, si con su nombre - Denizard-Hippolyte-Léon Rivail, o con un pseudónimo. Siendo su nombre muy conocido en el mundo científico, en virtud de sus trabajos anteriores, y pudiendo originar una

confusión, tal vez hasta perjudicar el éxito del emprendimiento, adoptó la sugerencia de firmarlo con el nombre de Allan Kardec que, según le había revelado su guía, había sido su nombre en la época de los Druidas.

La obra alcanzó tal éxito que la primera edición fue rápidamente agotada. Allan Kardec la reeditó en 1858 bajo la forma actual, revisada, corregida y considerablemente aumentada.

El 25 de Marzo de 1856 Allan Kardec estaba en su gabinete de trabajo, en vías de organizar las comunicaciones y preparar El Libro de los Espíritus, cuando oyó golpes repetidos en la pared, buscó la causa sin descubrirla y enseguida volvió a poner manos a la obra. Su mujer, que entró cerca de las 10hs, oyó los mismos ruidos; buscaron de donde podían provenir pero sin resultados. En ese momento vivían en la calle Mártires n° 8, en el segundo piso, al fondo.

“Al día siguiente, siendo día de sesión en casa del Sr. Baudin -escribe Allan Kardec- conté lo sucedido y pedí una explicación:

Pregunta: - Escuchaste el hecho que acabo de narrar; podrías decirme la causa de esos golpes que sonaban con tanta insistencia?

Resposta: - Era tu Espíritu familiar.

P. - Con qué fin golpeaba así?

R. - Quería comunicarse contigo.

P. – Podrías decirme lo que él quería?

R. - Puedes preguntarle tú mismo, porque está aquí.

P. - Mi Espíritu familiar, quien quiera que seas, te agradezco que hayas venido a visitarme. Querrías tener la gentileza de decirme quien eres?

R. - Para tí he de llamarme la Verdad y todos los meses, durante un cuarto de hora, estaré aquí a tu disposición.

P. – Ayer cuando golpeaste mientras yo trabajaba, tenías algo particular para decirme?

R. – Lo que tenía para decirte era sobre el trabajo que hacías; lo que escribías me desagradaba y quería hacerte parar.

NOTA – Lo que yo escribía era precisamente relativo a los estudios que hacía sobre los Espíritus y sus manifestaciones.

P. – Tu desaprobación era referente al capítulo que escribía o sobre el conjunto del trabajo?

R. - Sobre el capítulo de ayer: júzgalo tu mismo. Vuelve a leerlo esta noche, reconocerás los errores y los corregirás.

P. – Yo mismo no estaba muy satisfecho con ese capítulo y lo rehice hoy. Está mejor?

R. - Está mejor pero no muy bien. Léelo de la tercera a la trigésima línea y reconocerás un grave error.

P. - Rompí lo que había hecho ayer.

R. - No importa. Esa inutilización no impide que subsista el error. Reléelo y verás.

P. - El nombre de Verdad que tomas es una alusión a la verdad que busco?

R. – Tal vez, o por lo menos es una guía que te habrá de auxiliar y proteger.

P. - Puedo evocarte en mi casa?

R. - Sí, para que te asista por el pensamiento; pero en cuanto a respuestas escritas en tu casa, no será tan pronto que las podrás obtener.

P. – Podrías venir con mayor frecuencia que una vez por mes?

R. - Sí; pero no prometo más que una vez por mes, hasta nueva orden.

P. – Fuiste algún personaje conocido en la Terra?

R. – Te dije que para tí yo era la Verdad, lo que de tu parte debería comportar discreción; no sabrás más que esto.”

De vuelta en su casa, Allan Kardec se apresuró a releer lo que había escrito y pudo verificar el grave error que en efecto había cometido. La dilación de un mes fijada para cada comunicación del Espíritu Verdad raramente fue cumplida. Se manifestó frecuentemente a Allan Kardec, pero no en su casa, donde durante cerca de un año no pudo recibir ninguna comunicación a través de ningún médium y donde cada vez que esperaba obtener algo era perturbado por una causa cualquiera e imprevista que a ello se oponía.

Fue el 30 de Abril de 1856, en casa del Sr. Roustan, por la médium Mlle. Japhet, que Allan Kardec recibió la primera revelación de la misión que tenía que desempeñar. Ese aviso, al principio muy vago, fue precisado el día 12 de junho de 1856, por intermedio de Mlle. Aline C., médium. El 6 de Mayo de 1857, la Sra. Cardone, por la lectura de las líneas de la mano de Allan Kardec, confirmó las dos comunicaciones precedentes, que ella ignoraba. Finalmente, el 12 de Abril de 1860, en casa del Sr. Dehan, siendo intermediario el Sr. Croset, médium, esa misión fue nuevamente confirmada en una comunicación espontanea, obtenida en la ausencia de Allan Kardec.

Se dió así también con respecto a su pseudónimo. Numerosas comunicaciones, procedentes de los más diversos puntos, reafirmaron y corroboraron la primera comunicación obtenida a ese respecto.

Urgido por los acontecimientos y por los documentos que tenía en su poder, Allan Kardec, en virtud del éxito de El Libro de los Espíritus, creó el proyecto de hacer un diario espírita. Se había dirigido al Sr. Tiedeman, para solicitarle participación financiera, pero él no estaba convencido de formar parte de ese emprendimiento. Allan Kardec le preguntó a sus guías el 15 de Noviembre de 1857, por intermedio de la Srta. E. Dufaux, lo que debería hacer.

Le fue respondido que pusiese su idea en ejecución y que no se inquietase con el resto.

“Me apresuré a redactar el primer número -dice Allan Kardec- y lo lancé el día 1° de Enero de 1858 sin decirle nada a nadie. No tenía un sólo suscriptor ni un socio capitalista. Lo hice enteramente por mi cuenta y mi riesgo y no tuve de qué arrepentirme porque el éxito ultrapasó mi expectativa. A partir del 1° de Enero, los números continuaron sin interrupción, y como lo había previsto el Espíritu, ese diario se me tornó un poderoso auxiliar. Reconocí más tarde que era una felicidad para mí no haber tenido un socio capitalista, porque estaba más libre, mientras que un extraño interesado habría pretendido imponerme sus ideas y su voluntad, y podría entrabarme la marcha. Solo, yo no tenía que rendirle cuentas a nadie, por más cara que, como trabajo, fuese mi tarea”

Y esa tarea debía siempre ir creciendo en labor y en responsabilidades, en luchas incesantes contra obstáculos, emboscadas, peligros de toda suerte. Sin embargo, a medida que la lucha se tornaba más áspera, ese enérgico trabajador se elevaba también a la altura de los acontecimientos que nunca lo sorprendieron; y durante once años, en esa Revista Espírita que acabamos de ver como comenzó tan modestamente, él afrontó todas las tempestades, todas las emulaciones, todos los celos que no le fueron ahorrados, como él mismo relata y como le había sido anunciado al serle revelada su misión. Esa comunicación y las

reflexiones sobre ella, que Allan Kardec anotó, nos muestran bajo un prisma poco halagador la situación en aquella época, pero hacen también resaltar el gran valor del fundador del Espiritismo y su mérito en haber sabido triunfar:

Médium, Mlle. Aline C. - 12 de Junio de 1856:

P. – Cuáles son las causas que podrían hacerme fracasar? Sería la insuficiencia de mis aptitudes?

R. - No; pero la misión de los reformadores está llena de escollos y peligros; la tuya es áspera; te prevengo, porque es al mundo entero al que se trata de agitar y de transformar.

No creas que te sea suficiente publicar un libro, dos libros, diez libros, y quedarte tranquilamente en tu casa; no, es preciso que te muestres en el conflicto; contra ti se levantarán terribles odios, implacables enemigos tramarán tu pérdida; estarás expuesto a la calumnia, a la traición, incluso de aquellos que te parecerán más dedicados; tus mejores instrucciones serán rechazadas y desnaturalizadas; sucumbirás más de una vez al peso de la fatiga; en una palabra, es una lucha casi constante que tendrás que sustentar con el sacrificio de tu reposo, de tu tranquilidad, de tu salud y también de tu vida, porque tu no vivirás mucho tiempo. En fin, más de uno retrocede cuando en lugar de un camino florido no encuentra bajo sus pasos más que espinas, afiladas piedras y serpientes. Para tales misiones no basta la inteligencia. Es preciso antes de todo, para agradar a Dios, humildad, modestia, desinterés, porque destruyen a los orgullosos y a los presuntuosos. Para luchar contra los hombres es necesario tener coraje, perseverancia y firmeza inquebrantables; es preciso también tener prudencia y tacto para conducir las cosas a su propósito y no comprometerles el éxito por medidas o palabras intempestivas; es preciso, en fin, devoción, abnegación, y estar pronto para todos los sacrificios.

Como ves, tu misión está subordinada a condiciones que dependen de ti.

Espíritu Verdad.

“Escribo esta nota en el día 1° de Enero de 1867, diez años y medio después de que esta comunicación me fue dada, y verifico que se realizó en todos los puntos porque experimenté todas las vicisitudes que en ella me fueron anunciadas. He sido blanco del odio de implacables enemigos, de la injuria, de la calumnia, de la envidia y de los celos; han sido publicados contra mí infames libruchos; mis mejores instrucciones han sido desnaturalizadas; he sido traicionado por aquellos en quienes deposité confianza, y he sido pago con la ingratitud por aquellos a quienes había prestado servicios. La Sociedad de París ha sido un continuo foco de intrigas, generadas por aquellos que se decían a mi favor, y que mostrándose amables en mi presencia, me defenestraban a mis espaldas.

Dijeron que aquellos que adoptaban mi partido eran asalariados por mí con el dinero que yo recaudaba del Espiritismo. Nunca más he tenido reposo; más de una vez sucumbí; bajo el exceso del trabajo se me ha alterado la salud y comprometido la vida.

Sin embargo, gracias a la protección y a la asistencia de los buenos Espíritus, que sin cesar me han dado pruebas manifiestas de su solicitud, soy feliz en reconocer que no he experimentado un único instante de desfallecimiento ni de desánimo, y que he constantemente proseguido en mi tarea con el mismo ardor, sin preocuparme de la maldad de la que era blanco. Según la comunicación del Espíritu Verdad, yo debía contar con todo aquello, y todo se cumplió.”

Cuando se conocen todas esas luchas, todas las torpezas de las que Allan Kardec fue blanco, cuánto él se engrandece a nuestros ojos y cómo su brillante triunfo adquiere mérito y esplendor! En qué se convirtieron esos envidiosos, esos pigmeos que buscaban obstruirle el camino? En su mayoría sus nombres son desconocidos, o no despiertan ningún recuerdo más: el olvido los tomó y sepultó para siempre en sus sombras, mientras que el de Allan Kardec, el intrépido luchador, el pionero osado, pasará a la posteridad con su aureola de gloria tan legítimamente adquirida.

La Sociedad Parisina de Estudios Espíritas fue fundada el 1° de Abril de 1858. Hasta entonces, las reuniones se realizaban en casa de Allan Kardec, en la calle de los Mártires, con Mlle. E. Dufaux, como principal médium; su salón podía albergar de quince a veinte personas. Pronto, ahí reunió él a más de treinta. Tornándose entonces el lugar muy apretado y no queriendo cargar a Allan Kardec con todos los gastos, algunos de los participantes se propusieron formar una sociedad espírita y alquilar otro lugar en que se efectuasen las reuniones. Pero era preciso, para que pudieran reunirse, obtener el reconocimiento y la autorización de la Policía.

El Sr. Dufaux, que conocía personalmente al alcalde de la policía de entonces, se encargó de dar los pasos para ese fin, y gracias al Ministro del Interior, el general X., que estaba a favor de las nuevas ideas, la autorización fue obtenida en quince días, mientras que por el proceso común habría exigido meses sin gran probabilidad de éxito.

“La Sociedad fue entonces regularmente constituída y se reunía todos los martes en el lugar que había alquilado en el Palais-Royal, galería Valois. Ahí estuvo durante un año, del 1° de Abril de 1858 al 1° de Abril de 1859. No pudiendo permanecer allí por más tiempo, se reunía todos los viernes en uno de los salones del restaurante Douix, en el Palais-Royal, galería Montpensier, del 1° de Abril de 1859 al 1°



de Abril de 1860, época en que se instaló en sede propia en la calle y pasaje Sant'Ana n° 59.”

Después de haber relatado las condiciones en que se formó la Sociedad y de la tarea que tuvo que desempeñar, Allan Kardec así relata (Revista Espírita, 1859, pág. 169):

“Empleé en mis funciones, que puedo llamar laboriosas, toda la solicitud y toda la dedicación de las que era capaz; del punto de vista administrativo, me esforcé por mantener en las sesiones un orden riguroso y por imprimirle un carácter de seriedad, sin el cual el prestigio de asamblea sería habría desaparecido tempranamente. Ahora que mi tarea está terminada y que el impulso está dado, debo participarlos de la resolución que tomé, de renunciar en futuro a toda especie de función en la Sociedad, inclusive a la de director de los estudios; no ambiciono más que un título, el de simple miembro titular, con el que me sentiré siempre feliz y honrado. El motivo de mi determinación está en la multiplicidad de mis trabajos que aumentan todos los días por la extensión de mis relaciones; porque además de aquellos que ustedes conocen, preparo otros trabajos más considerables que exigen largos y laboriosos estudios y no absorberán menos de diez años; los trabajos de la Sociedad no dejan de tomar mucho tiempo, sea para la preparación, sea para la coordinación y pasarlo a limpio. Reclaman asiduidad, muchas veces perjudicial a mis ocupaciones personales, pues se torna indispensable la iniciativa casi exclusiva que me han dejado.

Es por ese motivo, mis señores, que yo debí tantas veces tomar la palabra, lamentando con frecuencia que los miembros eminentemente esclarecidos que poseemos nos privasem de sus luces. Desde hace mucho tiempo alimentaba el deseo de despedirme de mis funciones: lo manifesté de manera muy explícita en diversas ocasiones, tanto por aquí como en privado a muchos de mis colegas y especialmente al Sr. Ledoyen. Lo habría hecho antes si no fuera por el temor de producir

una perturbación en la Sociedad. Retirándome en la mitad del año, podrían creer que era una deserción y era preciso no dar ese placer a nuestros adversarios. Desempeñé, por lo tanto, mi tarea hasta el fin; hoy sin embargo, que esos motivos cesaron, me apresuro a darles conocimiento de mi resolución, para no perjudicar la elección que harán. Es justo que cada uno tenga su parte en los encargos y en las honras.”

Apresurémonos a adicionar que esa renuncia no fue aceptada y que Allan Kardec fue reelecto por unanimidad, menos un voto en contra y un voto en blanco. Delante de este testimonio de simpatía, él se sometió y se conservó en sus funciones.

En Septiembre de 1860 Allan Kardec hizo un viaje de propaganda a nuestra región, y sigue a continuación cómo le hicieron referencia en la Sociedad Parisina de Estudios Espíritas:

“El Sr. Allan Kardec nos cuenta el resultado del viaje que acaba de hacer en interés del Espiritismo y se alegra por la cordialidad del recibimiento que por todas partes encontró, especialmente en Sens, Mâcon, Lyon y Saint-Etienne. Observó, en todo lugar en que estuvo, los progresos considerables de la doctrina; pero lo que sobretodo es digno de notar, es que en ninguna parte vió que de la doctrina se hiciese un entretenimiento, sinó que al contrario, de ella se ocupan de modo serio, y que por todas partes le comprenden el alcance y las consecuencias futuras. Hay sin duda muchos adversarios, siendo los más encarnizados los enemigos interesados, pero los moteadores disminuyen sensiblemente; viendo que sus sarcasmos no colocan de su lado más que a los bufones, y que auxilian más de lo que impiden el progreso de las nuevas creencias, comienzan a comprender que nada ganan con eso y que consumen su espíritu en pura pérdida, y así se callan. Una frase muy característica parece estar en todas partes a la orden del día, y es ésta: el Espiritismo está en el aire; por sí mismo diseña el estado de las cosas. Pero es sobretodo en Lyon que los

resultados son más notables. Los espíritas son ahí numerosos en todas las clases y en la clase obrera se cuentan por centenas. La Doctrina Espírita há ejercido sobre los obreros la más saludable influencia, bajo el punto de vista del orden, la moral y de las ideas religiosas; en resumen, la propagación del Espiritismo marcha con la más animadora rapidez.”

En el transcurso de ese viaje Allan Kardec pronunció un discurso magistral, en el banquete realizado el 19 de Septiembre de 1860, del cual siguen aquí algunos pasajes propios a nuestro interés, a nosotros que aspiramos a substituir dignamente a esos trabajadores de la primera hora:

“Lo primero que me impresionó fue el número de adeptos; yo sabía perfectamente que Lyon los tenía en gran escala, pero estaba lejos de imaginar que el número fuese tan considerable, porque se cuentan en centenas y en poco tiempo - yo lo espero - ya no podrán contarse más.

Si bien Lyon se distingue por el número, no lo hace menos por la calidad, lo que vale más aún. Por todas partes no encontré más que espíritas sinceros, comprendiendo la doctrina bajo su verdadero punto de vista. Hay, mis señores, tres categorías de adeptos: unos que se limitan a creer en la realidad de las manifestaciones y que buscan antes que nada los fenómenos; el Espiritismo es simplemente para ellos una serie de hechos más o menos interesantes. Los segundos ven otra cosa en él además de los hechos, comprenden su alcance filosófico, admiran la moral que de él se deriva, pero no la practican; para ellos, la caridad cristiana es una bella máxima, y nada más. Los terceros, finalmente, no se contentan con admirar la moral: la practican y le aceptan las consecuencias. Bien convencidos de que la existencia terrestre es una prueba pasajera, se esfuerzan para aprovechar esos cortos instantes empeñándose en hacer el bien y en reprimir sus malas inclinaciones; sus relaciones son siempre seguras porque sus convicciones los alejan de todo pensamiento del mal; la

caridad es, en toda ocasión, la regla de su conducta: son esos los verdaderos espíritas o, mejor dicho, los espíritas cristianos.

Pues bien, mis señores, se los digo con satisfacción: todavía no encontré ahí ningún adepto de la primera categoría; en ningún lugar ví que se ocupasen del Espiritismo por mera curiosidad, con frívolas intenciones; por todas partes el fin es serio, las intenciones son serias; y creyendo en lo que me dicen, hay muchos de la tercera categoría. Honra, pues, a los espíritas de Lyon por haber así entrado ampliamente en este camino progresista sin el cual el Espiritismo no tendría objetivo. Este ejemplo no será perdido, tendrá sus consecuencias, y no es sin razón - yo lo veo - que los Espíritus me respondieron en otra oportunidad, por uno de vuestros mediums más dedicados, cuando yo les exprimía mi sorpresa: “Por qué te admiras de eso? Lyon fue la ciudad de los mártires; la fe ahí es vivaz; ella engendrará apóstoles al Espiritismo. Si París es la cabeza, Lyon será el corazón.”

Esa opinión de Allan Kardec sobre los espíritas de Lyon de su época es para nosotros de gran honra, pero debe ser también una regla de conducta. Debemos esforzarnos para merecer esos elogios profundizando por nuestra parte las lecciones del Maestro y, sobre todo, conformando con las mismas nuestro proceder. La nobleza obliga, dice un adagio; sepamos recordar siempre esto y conservar alta y firme la bandera del Espiritismo.

Pero Allan Kardec no se conformaba con tirar flores sobre nuestros compañeros; les daba sobretodo sabios consejos sobre los cuales nosotros mismos deberemos meditar.

“Viniendo de los Espíritus la enseñanza, los diferentes grupos, tanto como los individuos, se encuentran bajo la influencia de ciertos Espíritus que presiden sus trabajos, o los dirigen moralmente. Si esos Espíritus no se encuentran de acuerdo entre sí, la cuestión está en saber cual es el que merece mayor confianza; será evidentemente

aquel cuya teoría no puede provocar ninguna objeción seria, en una palabra, aquel que en todos los puntos dé mayor número de pruebas de superioridad. Si todo en esa enseñanza es bueno, racional, poco importa el nombre que toma el Espíritu; y con respecto a eso la cuestión de identidad es enteramente secundaria. Si bajo un nombre respetable la enseñanza peca por las cualidades esenciales podemos inmediatamente concluir que es un nombre apócrifo y que es un Espíritu impostor o burlón. Regla general: el nombre nunca es una garantía; la única, la verdadera garantía de superioridad es el pensamiento y la manera en que se expresa. Los Espíritus engañadores todo pueden imitar, todo excepto el verdadero saber y el verdadero sentimiento.

Sucede muchas veces que, para hacer adoptar ciertas utopías, algunos Espíritus hacen alarde de un falso saber y creen imponerlas eligiendo en el arsenal de las palabras técnicas todo lo que puede fascinar a aquel que es fácilmente crédulo. Ellos tienen aún un medio más cierto: es afectar las exterioridades de la virtud; con el auxilio de las grandes palabras - caridad, fraternidad, humildad - esperan hacer pasar los más groseros absurdos y es lo que sucede muchas veces, cuando no se es cauteloso. Es preciso, pues, evitar el dejarse seducir por las apariencias, tanto de parte de los Espíritus, como de parte de los hombres; yo lo confieso, ahí está una de las mayores dificultades; pero nunca se dijo que el Espiritismo fuese una ciencia fácil; tiene sus escollos que no se pueden evitar más que por la experiencia. Para escapar a la trampa es preciso, antes que nada, huir del entusiasmo que ciega, del orgullo que lleva a ciertos mediums a creerse los únicos intérpretes de la verdad; es preciso que todo sea fríamente examinado, maduramente sopesado, confrontado, y si desconfiamos del propio juicio, lo que es muchas veces más prudente, es preciso recurrir a otras personas, según el proverbio: que cuatro ojos ven mejor que dos.

Sólo un falso amor propio o una obsesión pueden hacer persistir en una idea notoriamente falsa y que el buen sentido de cada uno repele.”

He aquí los consejos tan sabios y tan prácticos dados por aquel al que quisieron hacer pasar por un entusiasta, un místico, un alucinado; y esa regla de conducta, establecida en el comienzo, aún no fue invalidada ni por la observación, ni por los acontecimientos; es siempre el camino más seguro, más prudente, el único a seguir por aquellos que se quieren ocupar del Espiritismo.

Allan Kardec trabajaba entonces en *El Libro de los Mediums*, que apareció en la primera quincena de Enero de 1861, editado por los Srs. Didier & Cia., librereros editores. El maestro expone su razón de ser en los siguientes términos en la *Revista Espírita*:

“Buscamos con este trabajo, fruto de larga experiencia y de laboriosos estudios, esclarecer todas las preguntas que se refieren a la práctica de las manifestaciones; contiene, de acuerdo con los Espíritus, la explicación teórica de los diversos fenómenos y condiciones en que ellos se pueden producir; pero la parte concerniente al desarrollo y al ejercicio de la mediumnidad fue, sobre todo de nuestra parte, objeto de atención más especial.

El Espiritismo experimental está cercado de muchas más dificultades de lo que se cree generalmente, y los escollos que ahí se encuentran son numerosos; es lo que produce tanta decepción a los que de ello se ocupan sin tener la experiencia y los conocimientos necesarios.

Nuestro fin fue acautelar a los investigadores contra tales dificultades, ni siempre libres de inconvenientes para quien quiera que se aventure con imprudencia por ese nuevo terreno. No podíamos despreciar un punto tan capital, y lo tratamos con el cuidado proporcional a su importancia.”

*El Libro de los Mediums* es todavía el vademécum de todos los que se quieren entregar con provecho a la práctica del Espiritismo

experimental; nada apareció de mejor ni de más completo en ese orden de ideas. Es todavía la guía más segura de la que nos podemos servir para explorar sin peligro el terreno de la mediumnidad.

\*

En el año 1861 Allan Kardec hizo un nuevo viaje espírita a Sens, Mâcon y Lyon y verificó que en nuestra ciudad el Espiritismo alcanzó la mayoría.

“En efecto, ya no es de a centenas -dice él- con que ahí se cuentan los espíritas como hace un año; es de a millares o, para decir mejor, ya ni se cuentan y se puede calcular que siguiendo a la misma velocidad, dentro de un año o dos serán más de treinta mil. El Espiritismo ahí ha conseguido adeptos en todas las clases, pero es sobre todo en la clase obrera que se ha propagado con mayor rapidez, y eso no es de admirar: siendo esa clase la que más sufre, se inclina hacia el lado que le ofrece mayor consolación. Si aquellos que clamam contra el Espiritismo le ofreciesen algo mejor, esa clase se inclinaría hacia ellos; pero al contrario, quieren sacarle exáctamente aquello que la ayuda a cargar su bulto de miseria. Y esto ha sido el medio más seguro de perder su simpatía y hacerla engrosar nuestras filas. Lo que vimos con nuestros propios ojos es de tal modo característico y contiene enseñanza tan grande que consideramos deber consagrar a los trabajadores la mayor parte de nuestro reporte.

El año pasado había un único Centro de reunión, el de los Brotteaux, dirigido por Dijoux, jefe de taller, y su mujer; después se formaron otros en diferentes puntos de la ciudad: en Guillotière, en Perrache, en Croix-Rousse, en Vaise, en Saint-Just, etc., sin contar con gran número de reuniones privadas. Entonces había apenas dos o tres mediums neófitos; hoy los hay en todos los grupos y muchos son de primera orden; en un solo grupo vimos cinco escribiendo simultáneamente. Vimos igualmente un joven muy buen médium

clarividente en el que pudimos verificar esa facultad desarrollada en el más alto grado.

Sin duda es muy deseable que se multipliquen los adeptos, pero lo que vale aún más que el número es la calidad. Pues bien, lo declaramos bien alto: no vimos en ninguna parte reuniones espíritas más edificantes que las de los obreros de Lyon con respecto al orden, al recogimiento y a la atención que prestan a las instrucciones de sus guías espirituales; hay hombres, viejos, señoras, jóvenes, e incluso niños cuya actitud respetuosa contrasta con su edad; jamás un solo niño perturbó por un instante el silencio de nuestras reuniones muchas veces demoradas; parecían casi tan ávidos cuanto sus padres en recoger nuestras palabras.

Pero eso no es todo: el número de las metamorfosis morales es, entre los operarios, casi tan grande cuanto el número de los adeptos: hábitos viciosos reformados, pasiones calmadas, odios apaciguados, hogares tornados tranquilos, en una palabra, las más legítimas virtudes cristianas desarrolladas y eso por la confianza, de ahora en adelante inquebrantable, que les dan las comunicaciones espíritas, en el futuro en el que no creían; es una felicidad para ellos participar de esas instrucciones de las que salen reconfortados contra la adversidad; muchos llegan a recorrer más de una légua bajo cualquier clima, invierno o verano, enfrentando todo para no faltar a una sesión; es que en ellos no hay una fe vulgar, sino una fe basada en una convicción profunda, raciocinada y no ciega.”

Por ocasión de ese viaje, un banquete nuevamente reunió bajo la presidencia de Allan Kardec, a los miembros de la grande familia espírita de Lyon. El 19 de Septiembre de 1860 los participantes eran apenas unos treinta; el 19 de Septiembre de 1861 el número era de ciento sesenta.

“Representando a los diferentes grupos, que se consideran todos como miembros de una grande familia, entre los que no existe sombra de



celos ni de rivalidad, lo que tuvimos de pasaje grande satisfacción de registrar, la mayoría de los presentes estaba compuesta de operarios y toda la gente notó el perfecto orden que no cesó de reinar un solo instante. Es que los verdaderos espíritas ponen su satisfacción en las alegrías del corazón y no en los placeres ruidosos.”

El 14 de Octubre del mismo año encontramos a Allan Kardec en Bordeaux donde, como en todas las ciudades por las que pasaba, sembraba la buena-nueva y hacía germinar la fe en el futuro.

Además de los viajes y de los trabajos de Allan Kardec, ese año de 1861 permanecerá memorable en los anales del Espiritismo por un hecho de tal modo monstruoso que casi parece increíble. Me refiero al auto de fe llevado a cabo en Barcelona y en el que fueron quemadas en la hoguera de los inquisidores trecientas obras espíritas.

El Sr. Mauricio Lachâtre estaba en esa época establecido como librero en Barcelona, en relación y en comunión de ideas con Allan Kardec. De este modo pidió que le enviase cierto número de obras espíritas para ponerlas a la venta y hacer propaganda de la nueva filosofía.

Esas obras, que eran aproximadamente trecientas, fueron expedidas en condiciones comunes, con una declaración del contenido de las cajas. Cuando llegaron a España, los derechos de aduana le fueron cobrados al destinatario y recaudados por los agentes del gobierno español; pero la entrega de las cajas no se efectuó: el obispo de Barcelona, habiendo juzgado esos libros perjudiciales a la fe católica, hizo confiscar la entrega por el Santo Oficio.

Como no querían entregar esas obras al destinatario, Allan Kardec reclamó su devolución; pero su reclamo tuvo efecto nulo y el obispo de Barcelona fundamentó su rechazo a la petición con la siguiente respuesta: “La Iglesia Católica es universal y siendo esos libros contrarios a la fe católica, el gobierno no puede consentir que estos pasen a pervertir la moral y la religión de otros países.”

Y no sólo los libros no fueron restituidos, sino que también los derechos aduaneros quedaron en poder del fisco español. Allan Kardec podría promover una acción diplomática y obligar al gobierno español a efectuar el retorno de las obras. Los Espíritus, sin embargo, lo disuadieron de eso diciendo que era preferible para la propaganda del Espiritismo dejar esa ignominia seguir su curso.

Renovando los fastos y las hogueras de la Edad Media, el obispo de Barcelona hizo quemar en plaza pública, por la mano del verdugo, las obras incriminadas.

He aquí, a título de documento histórico, el proceso verbal de esa infamia clerical:

“A los nueve días del mes de Octubre de mil ochocientos sesenta y uno, a las diez y media horas de la mañana, en la explanada de la ciudad de Barcelona, el lugar en que son ejecutados los criminales condenados a la última pena, por orden del obispo de esta ciudad fueron quemados trecientos volúmenes y folletos sobre el Espiritismo, a saber:

La Revista Espírita, director Allan Kardec;

La Revista Espiritualista, director Piérart;

El Libro de los Espíritus, por Allan Kardec;

El Libro de los Mediums, por el mismo;

Qué es el Espiritismo, por el mismo;

Fragmento de Sonata, dictado por el Espíritu de Mozart;

Carta de un católico sobre el Espiritismo, por el Doctor Grand;

La Historia de Jeanne d'Arc, por ella misma dictada a Mlle. Ernance Dufaux;

La Realidad de los Espíritus Demostrada por la Escritura Directa, por el Barón de Guldenstubbé.

Presenciaron el auto de fe:

Un padre revestido de hábitos sacerdotales trayendo en una de sus manos la cruz y en la otra una antorcha;

Un notario encargado de redactar el proceso verbal del auto de fe;

El escribano del notario;

Un empleado superior de la administración de la aduana;

Tres jóvenes de la aduana, encargados de alimentar el fuego;

Un agente de la aduana, representando al propietario de las obras condenadas por el obispo;

Una multitud incalculable se aglomeraba en el lugar y cubría la explanada en que ardía la hoguera. Cuando el fuego consumió los treientos volúmenes y folletos espíritas, el padre y sus ayudantes se retiraron cubiertos de abucheos y maldiciones de los numerosos espectadores que gritaban: Abajo la Inquisición!

“Enseguida muchas personas se acercaron a la hoguera y recogieron cenizas.”

Sería disminuir el horror de tales actos acompañarlos con la narrativa de los comentarios; constatemos solamente que a la luz de esa hoguera el Espiritismo tomó un incremento inesperado en toda España y, como lo habían previsto los Espíritus, conquistó ahí un número incalculable de adeptos. Sólo podemos, tal como lo hizo Allan Kardec, alegrarnos con el gran reclamo que ese acto odioso operó en favor del Espiritismo. A propósito de la propaganda que nosotros mismos debemos hacer de nuestra filosofía, nunca debemos olvidar estos consejos del Maestro (Revista Espírita, 1863, pág. 367):

“El Espiritismo se dirige a los que no creen o que dudan, y no a los que tienen una fe que les es suficiente; no dice a nadie que renuncie a sus creencias para adoptar las nuestras, y en esto es consecuente con los principios de tolerancia y de libertad de conciencia que profesa. Por ese motivo no podríamos aprobar los intentos hechos por ciertas personas para convertir al clero a nuestras ideas, de cualquier comunión que sea. Repetiremos, pues, a todos los espíritas: acojan con solicitud a los hombres de buena voluntad; ofrezcan la luz a los que la buscan, porque con los que creen no tendrán éxito; no hagan violencia a la fe de nadie, mucho más en cuanto al clero que a los seglares, porque sembrarán en campos áridos; pongan la luz en evidencia para que la vean los que la quieran ver; muestren los frutos del árbol y de ellos den de comer a los que tienen hambre y no a los que se dicen saciados.”

Estos consejos, como todos los de Allan Kardec, son claros, simples y sobretodo prácticos; cumple que los recordemos y los aprovechemos oportunamente.

\*

El año de 1862 fue fértil en trabajos favorables a la difusión del Espiritismo. El día 15 de Enero apareció el pequeño y excelente folleto de propaganda: El Espiritismo en su más Simple Expresión.

“El fin de esta publicación -dice Allan Kardec- es presentar de forma muy resumida un historial del Espiritismo y una idea suficiente de la doctrina de los Espíritus para permitir que sea comprendido su fin moral y filosófico. Por la clareza y simplicidad del estilo, buscamos ponerlo al alcance de todas las inteligencias. Contamos con la dedicación de todos los verdaderos espíritas para que auxilien su propagación.”

Este apelo fue escuchado porque el pequeño folleto se propagó en abundancia, debiendo muchos a ese excelente trabajo el haber comprendido el fin y el alcance del Espiritismo.

Habiendo nuestros antecesores en el Espiritismo transmitido a Allan Kardec, en ocasión del Año Nuevo, la expresión de sus sentimientos de gratitud, he aquí cómo respondió el Maestro a ese testimonio de simpatía:

“Mis queridos hermanos y amigos de Lyon:

La manifestación colectiva que tuvisteis la bondad de transmitirme, por ocasión del Año Nuevo, me produjo grandísima satisfacción probándome que conservasteis de mí un buen recuerdo; pero lo que me causó mayor placer en ese acto espontaneo de vuestra parte fue encontrar, entre las numerosas firmas que en él figuran, representantes de casi todos los grupos, porque es una señal de la armonía que reina entre ellos. Soy feliz por ver que comprendísteis perfectamente el fin de esta organización, cuyos resultados desde ya podéis apreciar, porque debe ser ahora evidente para vosotros que una sociedad única sería casi imposible.

Agradezco, mis buenos amigos, los votos que hacéis por mí; me son tanto más agradables sabiendo que parten del corazón, y son los que Dios atiende. Quedaos satisfechos, porque Él os oye todos los días, proporcionándome la extraordinaria satisfacción en el establecimiento de una nueva doctrina, de ver aquella a la que me he dedicado, engrandecer y prosperar en mi vida con una rapidez maravillosa; considero un gran favor del Cielo ser testigo del bien que ya produce.

Esta certeza, de la que recibo diariamente los más conmovedores testimonios, me paga con intereses todos mis sufrimientos, todas mis fatigas; no pido a Dios más que una gracia y es la de darme la fuerza física necesaria para ir hasta el fin de mi tarea, que lejos se encuentra de estar finalizada; pero como quiera que suceda, poseeré siempre la

mayor consolación por la certeza de que la semilla de las ideas nuevas, diseminada ahora por todas partes, es imperecedera; más feliz que muchos otros, que no trabajaron sinó para el futuro, me es permitido contemplar los primeros frutos.

Si algo lamento es que la escasez de mis recursos personales no me permita poner en ejecución los planes que concebí para un avance aún más rápido; si Dios en su sabiduría entendió disponer de modo diferente, legaré esos planes a nuestros sucesores, que sin duda, serán más felices. A pesar de la escasez de los recursos materiales, el movimiento que se opera en la opinión ultrapasó todas las expectativas; creed, mis hermanos, que en eso vuestro ejemplo no habrá sido sin influencia. Recibid, por lo tanto, nuestras felicitaciones por la manera como sabéis comprender y practicar la Doctrina.

En el punto al que hoy llegaron las cosas, y teniendo en cuenta la marcha del Espiritismo a través de los obstáculos sembrados en su camino, puede decirse que las principales dificultades están superadas; conquistó su lugar y está asentado sobre bases que de ahora en adelante desafían los esfuerzos de sus adversarios.

Preguntan cómo una doctrina que hace a la gente feliz y mejor, puede tener enemigos; es natural; el establecimiento de las mejores cosas, al comienzo, siempre choca intereses. No há sucedido igual con todos los inventos y descubrimientos que han revolucionado la industria? Los que hoy son considerados como beneficios, sin los cuales ya no se podría pensar en vivir, no tuvieron enemigos obstinados? Toda ley que reprime un abuso, no tiene en su contra a todos los que viven de los abusos? Como quieren que una doctrina que conduce al reino de la caridad efectiva no sea combatida por todos los que viven en el egoísmo? Y sabéis que son esos numerosos en la Tierra!

Al comienzo contaron con sepultarla con la burla; hoy ven que esa arma es impotente y que bajo el fuego de los sarcasmos prosiguió su camino sin tropezar. No crean que vayan a confesarse vencidos; no, el

interés material es tenaz. Reconociendo que es una potencia con la que es necesario contar de hoy en adelante, van a dirigirle ataques más serios, pero que sólo serán directamente por palabras y actos, y la perseguirán hasta particularmente entre sus adeptos a los que se esforzarán por desalentar con incomodidades, mientras que otros, secretamente y por caminos disfrazados, buscarán minarla disimuladamente.

Estén prevenidos de que la lucha no está terminada; fui avisado de que ellos intentarán un supremo esfuerzo. No tengan miedo: la garantía de la victoria está en esta divisa, que es la de todos los verdaderos espíritas: Fuera de la caridad no hay salvación. Será la cabeza de la Medusa para los egoistas.

La táctica que ya fue puesta en práctica por los enemigos de los espíritas, pero que van a emplear con nuevo ardor, es la de intentar dividirlos creando sistemas divergentes y suscitando entre ellos la desconfianza y los celos. No se dejen caer en la trampa y sepan como cierto que quien quiera que busque un medio, cualquiera que sea, para quebrar la buena armonía, no puede tener buena intención. Es por eso que les recomiendo usen la mayor circunspección en la formación de sus grupos, no solamente para vuestra tranquilidad, sino para el propio interés de vuestras labores.

La naturaleza de los trabajos espíritas exige calma y recogimiento. No hay recogimiento posible si se está preocupado con discusiones y con la manifestación de sentimientos malévolos. No habrá sentimientos malévolos si hay fraternidad; no puede, sin embargo, haber fraternidad en egoistas, ambiciosos y orgullosos.

Entre orgullosos que se susceptibilizan y ofenden por todo, ambiciosos que se sienten mortificados si no tienen la supremacía, egoistas que no piensan más que en sí mismos, la cizaña no puede tardar en introducirse y con ella la disolución. Es lo que desearían nuestros enemigos y es lo que intentan hacer.

Si un grupo quiere estar en condiciones de orden, de tranquilidad y de estabilidad, es preciso que en él reine el sentimiento fraternal.

Cualquier grupo o sociedad que se forme sin tener caridad efectiva como base, no tiene validez; mientras que aquellos que sean fundados de acuerdo con el verdadero espíritu de la doctrina, sus miembros se mirarán unos a otros como miembros de una familia que, no siendo posible habitar todos bajo el mismo techo, viven en lugares diferentes. La rivalidad entre ellos sería una contradicción; no podría la rivalidad existir donde reina la verdadera caridad, porque la caridad no se puede entender de dos maneras, la caridad no es subjetiva.

Reconozcan, pues, al verdadero espírita en la práctica de la caridad por pensamientos, palabras y obras, y eviten a quien quiera que nutra en su alma sentimientos de animosidad, de rencor, de odio, de envidia o de celos, esos se mienten a sí mismos si tienen la pretensión de comprender y practicar el Espiritismo.

El egoísmo y el orgullo matan a las sociedades espíritas, como matan a los jóvenes y a la sociedad en general...”

Todo merecería citación en estos consejos tan justos cuanto prácticos; pero es preciso que nos limitemos, en razón del tiempo del que podemos disponer. (\*)

*(\*)Recordemos que esta biografía es un discurso de H. Sausse, a esto se refiere con el tiempo.*

\*

A pedido de los espíritas de Lyon y de Bordeaux, Allan Kardec hizo en Septiembre y Octubre un largo viaje de propaganda sembrando por todas partes la buena-nueva y dando consejos a mansalva, pero solamente a quienes los pedían; la invitación hecha por los grupos de



Lyon tenía 500 suscripciones. Una publicación especial relató ese viaje de más de seis semanas, durante el cual el Maestro presidió más de cincuenta reuniones en veinte ciudades, donde por todas partes fue blanco del más cordial recibimiento y se sintió feliz por verificar los inmensos progresos del Espiritismo.

Con respecto a los viajes de Allan Kardec, como ciertas influencias hostiles habían diseminado el rumor de que eran hechos a expensas de la Sociedad Parisina de Estudios Espíritas, y que también sobre cuyo presupuesto él sacaba de antemano todos sus gastos de correspondencia y de mantenimiento, el Maestro refutó así esa falsedad:

“Muchas personas, sobre todo en la provincia, pensaron que los gastos de esos viajes salían de la Sociedad de Paris; tuvimos que deshacer ese error cuando se ofreció la ocasión; a los que aún lo piensan, recordaremos lo que afirmamos en otra circunstancia (número de Junio de 1862, página 167, Revista Espírita), que la Sociedad se limita a proveer sus gastos corrientes e no posee reservas; para poder acumular capital le sería preciso tener en mira el número; y esto es lo que no hace ni quiere hacer, porque su fin no es la especulación y porque el número nada suma a la importancia de los trabajos. Su influencia es toda moral y está en el carácter de sus reuniones que dan a los extraños la idea de una asamblea seria y grave; ahí está su más poderoso medio de propaganda. La Sociedad, pues, no podría proveer tal gasto. Los gastos de viaje, como todos los que nuestras relaciones reclaman para el Espiritismo, son sacados de nuestros recursos personales y de nuestras economías, aumentadas con el producto de nuestras obras, sin el cual nos sería imposible sustentar todos los gastos que son para nosotros la consecuencia de la obra que emprendimos. Digo esto sin vanidad y únicamente para rendir homenaje a la verdad y para edificación de aquellos a los cuales se les afigura que nos capitalizamos.”

En 1862 Allan Kardec redactó también una Refutación a las críticas contra el Espiritismo, en el punto de vista del materialismo, de la ciencia y de la religión.

En Abril de 1864 publicó la Imitación del Evangelio Según el Espiritismo, con la explicación de las máximas morales del Cristo, su aplicación y su concordancia con el Espiritismo. El título de esa obra fue después modificado y es hoy El Evangelio Según el Espiritismo.

Aprovechando la época de las vacaciones, Allan Kardec hizo en Septiembre de 1864 un viaje a Amberes y a Bruselas. Exponiendo a los espíritas belgas su modo de ver acerca de los grupos y sociedades espíritas, recuerda lo que ya había dicho en Lyon, en 1861: “Vale más, por lo tanto, haber en una ciudad cien grupos de diez a veinte adeptos, en los que nadie ejerza la supremacía sobre los otros, que una única sociedad que los reuniese a todos. Ese fraccionamiento en nada puede perjudicar la unidad de los principios, desde que la bandera sea una sola y que todos se dirijan hacia un mismo fin.

Las sociedades numerosas tienen su razón de ser bajo el punto de vista de la propaganda; pero respecto a los estudios serios y continuados es preferible constituir grupos íntimos.”

El día 1° de Agosto de 1865, Allan Kardec publicó una nueva obra, El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina Según el Espiritismo, en la cual son mencionados numerosos ejemplos de la situación de los Espíritus en el mundo espiritual y en la Tierra y las razones que motivaron esa situación.

Los admirables éxitos del Espiritismo y su desarrollo casi increíble le crearon muchísimos enemigos y, en la proporción en que se fue engrandeciendo, aumentó también la tarea de Allan Kardec. El Maestro tenía una voluntad de hierro y un poder de combate extraordinarios; era un trabajador infatigable; de pié en cualquier estación del año desde las 4 y media de la mañana, respondía a todo, a

las polémicas vehementes dirigidas contra el Espiritismo y contra él mismo, a las numerosas correspondencias que le eran dirigidas; estaba a cargo de la dirección de la Revista Espírita y de la Sociedad Parisina de Estudios Espíritas, se ocupaba de la organización del Espiritismo y de la preparación de sus obras.

Esos excesos, el físico y el intelectual, le agotaron el organismo y repetidas veces los Espíritus precisaron llamarle la atención a fin de obligarlo a cuidar de su salud. Él, sin embargo, sabía que no iba a durar más que unos diez años más: numerosas comunicaciones lo previnieron de ese término y le anunciaron incluso que su tarea no sería concluida sino en una nueva existencia que sucedería poco tiempo después de su próxima desencarnación; por eso él no quería perder ninguna ocasión de darle al Espiritismo todo lo que podía en fuerza y vitalidad.

En 1867 hizo un viaje corto a Bordeaux, Tours y Orleans; enseguida puso nuevamente manos a la obra para publicar, en Enero de 1868, La Génesis, los Milagros y las Predicciones Según el Espiritismo. Esta obra es de las más importantes porque constituyó, sobre el punto de vista científico, la síntesis de los cuatro primeros volúmenes ya publicados.

Allan Kardec se ocupó enseguida de un proyecto de organización del Espiritismo, por medio del cual esperaba imprimir más vigor, más acción a la filosofía de la que se hizo apóstol, buscando desarrollarle el lado práctico y hacerle producir sus frutos. El objeto constante de sus preocupaciones era saber quien lo substituiría en su obra porque sentía que el desenlace estaba próximo; y la constitución que elaboró tenía precisamente como fin proveer a las necesidades futuras de la Doctrina Espírita.

Desde los primeros años del Espiritismo, Allan Kardec había comprado, con el producto de sus obras pedagógicas, 2.666 mts<sup>2</sup> de terreno en la avenida Ségur, atrás de los Inválidos. Habiendo esa

compra agotado sus recursos, contrajo con el Crédit Foncier un préstamo de 50.000 francos para hacer construir en ese terreno seis pequeñas casas con jardín; alimentaba la dulce esperanza de recogerse en una de ellas, en la Ville Ségur, e iba a dejarla después de su muerte como asilo al que se pudiesen recoger en la vejez los defensores indigentes del Espiritismo.

En 1869 la Sociedad Espírita era reconstituida y tornada sociedad anónima, con el capital de 40.000 francos, dividido en cuarenta acciones, para la explotación de la librería de la Revista Espírita y de las obras de Allan Kardec. La nueva sociedad debía instalarse el día 1º de Abril en la calle de Lille nº 7.

Allan Kardec, cuyo contrato de alquiler en el pasaje Sant'Ana estaba casi terminando, contaba con retirarse hacia la Ville Ségur a fin de trabajar más activamente en las obras que le restaba hacer y cuyo plan y documentos se encontraban ya reunidos. Estaba en todos los preparativos de mudanza de domicilio, cuando el 31 de Marzo la enfermedad del corazón que lo perturbaba silenciosamente puso término a su robusta constitución y cual rayo lo arrebató del cariño de sus discípulos. Esa pérdida fue inmensa para el Espiritismo que veía desaparecer a su fundador y más poderoso propagandista y dejó en profunda consternación a todos los que lo habían conocido y amado.

Hippolyte-Léon-Denizard Rivail falleció en París, calle y pasaje Sant'Ana, 59, 2ª circunscripción y mairie de la Banque, el 31 de Marzo de 1869 a la edad de 65 años, sucumbiendo por la ruptura de un aneurisma.

Unánimes sentimientos acogieron la dolorosa noticia, y numerosísima concurrencia acompañó al Père Lachaise, su última morada, los despojos mortales de aquel que fuera Allan Kardec, de aquel que a través de los tiempos brillará como un meteoro refulgente en la aurora del Espiritismo.

Cuatro oraciones fueron pronunciadas al lado de la tumba del Maestro: la primera por el Sr. Levent en nombre de la Sociedad Espírita de París; la segunda por el Sr. Camille Flammarion que no sólo hizo un bosquejo del carácter de Allan Kardec y del papel que cabe a sus trabajos en el movimiento contemporáneo, sino también, y sobre todo, un examen de la situación de las ciencias físicas, en el punto de vista del mundo invisible, de las fuerzas naturales desconocidas, de la existencia del alma y de su indestructibilidad. Enseguida tomó la palabra el Sr. Alexandre Delanne en nombre de los espíritas de los Centros alejados; y después el Sr. E. Muller, en nombre de la familia y de los amigos, dirigió al muerto querido los últimos adioses.

La señora Allan Kardec tenía 74 años a la muerte de su esposo. Lo sobrevivió hasta 1883, año en que el 21 de Enero se extinguió, a la edad de 89 años sin herederos directos.

Se equivocaría quien pensase que en virtud de sus trabajos Allan Kardec debía ser un personaje siempre frío y austero. No era así. Ese serio filósofo, después de haber discutido los puntos más difíciles de la psicología y de la metafísica trascendental, se mostraba expansivo, esforzándose por distraer a los invitados que frecuentemente recibía en Ville Ségur; conservándose siempre digno y sobrio en sus expresiones, sabía condimentarlas con nuestra vieja sal galesa en razgos de contagiante y afectuosa bondad. Le gustaba reir con esa bella sonrisa franca, grande y comunicativa, y tenía un talento muy particular para contagiar a los otros su buen humor.

Todos los diarios de la época se ocuparon de la muerte de Allan Kardec y buscaron medir sus consecuencias. He aquí, a título de recuerdo, lo que al respecto escribía el Sr. Pagès de Noyez, en el Diario de Paris del 3 de Abril de 1869:

“Aquel que por tan largo tiempo ocupó el mundo científico y religioso bajo el pseudónimo de Allan Kardec, se llamaba Rivail y murió a la edad de 65 años.

Lo vimos sobre un simple colchón en medio de la sala de las sesiones que hace tantos años presidía; lo vimos con el semblante calmo, como se extinguen aquellos a quienes la muerte no sorprende y que tranquilos con el resultado de una vida honesta y laboriosamente realizada, imprimen un reflejo de la pureza de su alma sobre el cuerpo que abandonaron.

Resignados por la fe en una vida mejor y por la convicción de la inmortalidad del alma, muchos discípulos habían ido a lanzar una última mirada a aquellos lábios descoloridos que todavía en la víspera les hablaban con el lenguaje de la Tierra. Pero ellos ya recibían el Consuelo del Más Allá: el Espíritu de Allan Kardec fue a decirles cuáles habían sido sus conmociones, sus primeras impresiones, quienes de los que lo habían precedido en el Más Allá habían ido a ayudarlo a desprender el alma de la materia. Si “el estilo es el hombre”, aquellos que conocieron a Allan Kardec en vida no pueden dejar de emocionarse por la autenticidad de esa comunicación espírita.

La muerte de Allan Kardec es notable por una coincidencia extraña. La Sociedad fundada por ese grande popularizador del Espiritismo acababa de desaparecer. Abandonado el lugar, retirados los muebles, nada más restaba de un pasado que debía renacer sobre nuevas bases. Al final de su última sesión, el presidente hizo su despedida; completada su misión, se retiraba de la lucha cotidiana, para consagrarse enteramente al estudio de la filosofía espiritualista. Otros, más jóvenes, intrépidos, deberían continuar la obra y fuertes por su virilidad insertar la verdad por su convicción.

Para qué referirnos a los detalles de la muerte? Qué importa el modo por que se partió el instrumento? Y por qué consagrar una línea a esos

fragmentos de ahora en adelante sumergidos en el torbellino inmenso de las moléculas? Allan Kardec murió en su hora propia. Con él terminó el prólogo de una religión vivaz que, irradiando todos los días, pronto habrá iluminado a toda la Humanidad. Nadie mejor que él podía llevar a buen término esa obra de propaganda a la cual era necesario sacrificar las largas noches en vela que alimentan el espíritu, la paciencia que educa con el correr del tiempo, la abnegación que enfrenta la estupidez del presente para ver la irradiación del futuro.

Allan Kardec habrá fundado con sus obras las verdades presentidas por las más antiguas sociedades. Su nombre, apreciado como el de un hombre de bien, está hace mucho tiempo popularizado entre los que creen y los que temen. Es difícil practicar el bien sin chocar los intereses establecidos. El Espiritismo destruye muchos abusos, reanima muchas conciencias doloridas, dándoles la certeza de la prueba y el consuelo del futuro.

Los espíritas lloran hoy al amigo que los deja, porque nuestro entendimiento material, por así decirlo, no se puede someter a esa idea de transición; sin embargo, pago el primer tributo a esa inferioridad de nuestro organismo, el pensador levanta la cabeza y, a través de ese mundo invisible que siente existir más allá de la tumba, extiende la mano al amigo que ya no existe, convencido de que su Espíritu nos protege siempre.

El presidente de la Sociedad Espírita de París está muerto; pero el número de adeptos crece todos los días y los valientes, los que por respeto al Maestro se quedaban en segundo plano, no dudarán en evidenciarse por el bien de la grande causa.

Esta muerte, que el vulgo dejará pasar indiferente, no deja de ser por ello un grande acontecimiento para la Humanidad. No es más el sepulcro de un hombre, es la lápida llenando ese inmenso vacío que el

materialismo cavó a nuestros pies y sobre el cual el Espiritismo esparce las flores de la esperanza.”

Un punto sobre el cual no atraje vuestra atención, pero el que debo señalar, es la caridad verdaderamente cristiana de Allan Kardec; de él se puede decir que la mano izquierda ignoró siempre el bien que hacía la derecha, y que ésta aún menos conoció los golpes que a la otra arrojaban aquellos para quienes el reconocimiento es una carga excesivamente pesada. Cartas anónimas, insultos, traiciones, difamaciones sistemáticas, nada le fue ahorrado a ese intrépido luchador, a esa alma grande y varonil que penetró integralmente en la inmortalidad.

Los despojos mortales de Allan Kardec reposan en el Père Lachaise, en París, bajo la modesta lápida colocada por la piedad de sus discípulos; es ahí que se reúnen todos los años, desde 1869, los adeptos que han guardado fidelidad a la memoria del Maestro y conservan preciosamente en el corazón el culto de la añoranza.

Es un sentimiento análogo el que nos reúne hoy, repitamos bien alto, mis señoras, mis señores:

Honra! Honra y gloria a Allan Kardec!

Henri Sausse